

la secta suficientemente constituida para tener, además de su fundador y de los sacerdotes de su templo, los sacristanes asalariados y los monaguillos, otra comunidad más, procesiones con estandartes y cánticos y campanas retumbantes, se juntan entonces á ella otros creyentes, además de los histéricos que se han dejado sugerir la nueva fe. Mozalbetes sin discernimiento que buscan todavía su camino, van allí donde ven correr á la muchedumbre y la siguen sin vacilación porque creen que marcha por el buen sendero; majaderos que á nada temen tanto como á que les consideren atrasados, se agregan á ella con rugidos de vivas destinados á convencerles á ellos mismos de que ellos también van bailando delante del más nuevo triunfador, de la flamante celebridad; viejos gastados que tienen el temor pueril de que se descubra su edad, concurren asiduamente al nuevo templo y mezclan sus voces cascadas al canto de los fieles porque esperan que viéndoles en un grupo en que predomina la gente joven, se les creará también jóvenes á ellos.

Así es como se establece una agrupación en forma alrededor de un infeliz degenerado. El fatuo á la moda, el *gigolo* estético, mira por encima del hombro del histérico al cual ha sido sugerida la admiración; el intrigante va pisando los talones del vejete que finge ser joven, y entre todos ellos se agolpa la juventud curiosa de la calle que tiene que ir, sea donde fuere, allí donde «pasa algo». Y como quiera que esta muchedumbre está impulsada por la enfermedad, la avaricia de la ganancia y la vanidad, mete mucho más ruido que un número mucho más considerable de hombres sanos que disfrutaban tranquilamente y sin segunda intención egoísta de las obras de los talentos que tienen buena salud; estos últimos, con efecto, no se creen obligados á ir alborotando y gritando por las calles su apreciación y sus gustos, y no amenazan con aplastar á los transeuntes inocentes que no quieren asociarse á sus aclamaciones ensordecedoras.

## IV

### ETIOLOGÍA

Hemos puesto de relieve que las tendencias y modas literarias y artísticas «fin de siglo», así como la facilidad de que el público las adopte, son el efecto de enfermedades, y hemos podido establecer que estas enfermedades son la degeneración y la histeria. Tenemos ahora que investigar cómo han nacido estas enfermedades de la época y por qué se presentan con tan extraordinaria frecuencia precisamente en nuestro tiempo.

Morel, el gran escrutador de la degeneración, reduce ésta en el fondo á la intoxicación <sup>1</sup>. Una generación que toma regularmente, aun sin exceso, estupefacientes y excitantes bajo no importa qué forma (bebidas fermentadas, tabaco, opio, haschisch, arsénico), que come cosas corrompidas (centeno tizonado, maíz podrido), que absorbe venenos orgánicos (fiebre palúdica, sífilis, tuberculosis, bocio), engendra descendientes degenerados que, si permanecen expuestos á las mismas influencias, descienden rápidamente á los grados más bajos de la degeneración, al idiotismo, al nanismo, etc. Que la intoxicación de los pueblos civilizados continúa y aumenta en la mayor proporción, la estadística lo revela perfectamente: el consumo del tabaco ha aumentado en Francia de 0,8 kilogramos por habitante en 1841, á 1,9 íd. en

<sup>1</sup> *Tratado de las degeneraciones, passim.*

1890<sup>1</sup>; tenemos en Inglaterra las cifras correspondientes de 13 y 26 onzas<sup>2</sup>, en Alemania la de 0,8 y 1,5 kilogramos. El uso del alcohol durante el mismo tiempo se ha elevado en Alemania de 5,45 cuartillo (1844) á 6,86 ídem (1867); en Inglaterra, de 2,01 litros á 2,64 íd.; en Francia, de 1,33 litros á 4 íd.<sup>3</sup> El aumento del consumo del opio y del haschisch es aún más considerable, pero no tenemos que ocuparnos de ello porque sólo padecen sus consecuencias los pueblos orientales que no representan ningún papel en el movimiento intelectual de la raza blanca. A estas influencias nocivas se añade aún otra que Morel no ha conocido ó no ha tenido en cuenta: la vida en las grandes ciudades; el habitante de una gran ciudad, aun el más rico, el que vive rodeado del lujo más

<sup>1</sup> Comunicación personal del excelente estadístico Mr. Joseph Körösi, jefe de la Oficina de Estadística de Budapest.

<sup>2</sup> Discurso del canciller del Echiquier, Tribunal del fisco, Goshen en la Cámara de los Comunes, 11 Abril 1892.

<sup>3</sup> J. Vavasseur, en el *Economista Francés* de 1890.—Véase también el *Boletín de Estadística* para 1891. Las cifras no son seguras, puesto que resultan diferentes según cada uno de los estadísticos á los que me he dirigido. Tan sólo el hecho del aumento del uso del alcohol resulta con certeza de todas las publicaciones consultadas. Además del alcohol, se consumía en bebidas fermentadas, por cabeza de habitante, según Mr. Joseph Körösi: (el « galón » corresponde á 4 litros y medio):

	VINO	CERVEZA Y CIDRA
<i>Gran Bretaña.</i>		
1830-1850.....	0,2 galones.....	26 galones.
1880-1888.....	0,4 — .....	27 —
<i>Francia</i>		
1840-1842.....	23 — .....	3 —
1870-1872.....	25 — .....	6 —
<i>Prusia.</i>		
1839.....	»	13,48 cuartillos.
1871.....	»	17,92 —
<i>Imperio alemán</i>		
1872.....	»	81,7 litros.
1880-1890... ..	»	90,3 —

refinado, está continuamente expuesto á influencias desfavorables que menguan su fuerza vital, mucho más allá de la medida inevitable; aspira un aire sobrecargado de detritus orgánicos, come alimentos averiados, contaminados, falsificados, se encuentra en un estado perpetuo de sobreexcitación nerviosa, y puede comparársele sin exageración al habitante de una región pantanosa. El efecto de la gran ciudad sobre el organismo humano ofrece la mayor analogía con el de las *marennas* y lagunas de Italia, y su población es víctima de la misma fatalidad de degeneración y de destrucción que las víctimas de la *malaria*. La mortalidad en la gran ciudad es de más de una cuarta parte superior á la media del pueblo entero; es el doble de la del campo abierto, aunque en realidad debiera ser menor, puesto que en la gran ciudad predominan las edades más vigorosas, en que la mortalidad es mucho más pequeña que en la infancia y en la vejez<sup>1</sup>. Y hasta los niños de las grandes ciudades que no mueren en edad temprana, sufren la detención de desarrollo característica notada por Morel en la población de las regiones palúdicas<sup>2</sup>; se desarrollan bastante normalmente hasta los catorce ó quince años, hasta esa edad son despiertos, aun á veces brillantemente dotados y prometen maravillas; luego, de pronto se produce una detención, el espíritu se apaga, la facilidad de comprensión se pierde, y el muchacho que ayer aún era un estudiante modelo, se convierte en un haragán obtuso que hay que pilotear con la mayor dificultad á través de los exámenes. A estas modificaciones intelectuales corresponden modificaciones físicas: el crecimiento de los huesos largos es excesivamente lento

<sup>1</sup> En Francia, la mortalidad general ha sido, de 1886 á 1890, de 22,21 por 1.000. Pero en París se ha elevado á 23,4, en Marsella, á 34,8, en todas las ciudades de más de 100.000 habitantes á una media de 28,31; en todas las localidades de menos de 5.000 habitantes, á 21,74. *La Medicina Moderna*, año 1891.

<sup>2</sup> *Tratado de las degeneraciones*, págs. 614 y 615.

ó cesa por completo; la piernas se quedan cortas, las caderas conservan una forma femenina, otros ciertos órganos no se desarrollan más, y el ser entero ofrece una extraña y repugnante mezcla de inacabado y de marchito <sup>1</sup>.

Ahora bien: sabemos en qué proporciones el número de los habitantes de las grandes ciudades ha aumentado durante la última generación <sup>2</sup>; hoy, una parte incomparablemente más grande del pueblo que hace cincuenta años, está sometida á las influencias destructoras de la gran ciudad; el número de las víctimas de ésta es por esta razón, proporcionalmente más considerable que antaño, y aumenta continuamente. Con el crecimiento de las grandes ciudades, aumenta paralelamente el número de degenerados de todas clases, de criminales, de locos y de « degenerados superiores » de Magnan, y es natural que estos últimos representen en la vida intelectual un papel cada día más en apariencia, que se esfuercen por introducir en el arte y la literatura cada vez más elementos de locura.

El enorme aumento de la histeria, en nuestra época,

<sup>1</sup> Brouardel, *La Semana Médica*, París, 1887, pág. 254.—En este estudio verdaderamente notable, el profesor parisién dice entre otras cosas: «¿En qué se convierten andando el tiempo estos jóvenes parisienses? Incapaces de realizar un largo y concienzudo trabajo, descuellan de ordinario en las cosas artísticas; si son pintores, manejan mejor el color que el dibujo; si son poetas, el cincelado del verso asegura su éxito, más que el vigor del pensamiento».—Nótese la analogía con la observación de Lombroso citada más arriba.

<sup>2</sup> Las 26 ciudades alemanas que hoy tienen más de 100.000 habitantes, contaban todas juntas, en 1801, 6 millones, y en 1835, 1.400.000.—Las 31 ciudades inglesas de esta categoría, 10.870.000 en 1801; 4.590.000 en 1835.—Las 11 ciudades francesas en el mismo caso, 4.180.000 en 1801, 1.710.000 en 1836.—Hay que advertir que cerca de una tercera parte de estas 68 ciudades no tenían aún, en 1840, 100.000 habitantes.—Hoy habitan en las grandes ciudades en Alemania, en Francia y en Inglaterra, 21.050.000 individuos, mientras que en 1840, 4.800.000 tan sólo se encontraban en estas condiciones de existencia (Comunicación de Mr. Joseph Körösi).

se debe en parte á las mismas causas que la degeneración; hay además una causa mucho más general todavía que el crecimiento de las grandes ciudades, causa que no basta quizá por sí sola para producir la degeneración, pero que es de seguro plenamente suficiente para producir la histeria y la neurastenia: esta causa es la fatiga de la generación actual. Que la histeria sea en realidad una consecuencia de la fatiga, es lo que Féré ha demostrado con experiencias probantes; en una comunicación á la Sociedad de Biología de París, este distinguidísimo sabio se expresa de este modo: «He observado recientemente un cierto número de hechos que ponen en evidencia la analogía que existe entre la fatiga y la condición permanente de los histéricos; sabemos que en los histéricos la simetría de los movimientos se manifiesta de una manera muy característica en numerosas circunstancias. He notado que en las personas normales esta misma simetría de los movimientos se presenta también bajo la influencia de la fatiga; un fenómeno que se muestra bien señalado en los grandes histéricos, es aquella excitabilidad especial que hace que se vea, bajo la influencia de excitaciones periféricas ó de representaciones mentales, á la energía de los movimientos voluntarios sufrir modificaciones rápidas y transitorias coexistentes con modificaciones paralelas de la sensibilidad y de las funciones de nutrición. Esta excitabilidad puede ser igualmente puesta en evidencia en la fatiga... La fatiga constituye una verdadera histeria experimental momentánea; establece una transición entre los estados que llamamos normales y los estados diversos comprendidos bajo el nombre de histeria. Se puede convertir en histérico á un individuo normal, fatigándole... Todos estos agentes (provocadores de la histeria) pueden ser reducidos, desde el punto de vista de su papel patogénico, á un processus fisiológico único: la fatiga, la depresión de los fenómenos vitales » <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> FÉRÉ, *La Semana Médica*, 1890, pág. 192.

Esta causa que, según Féré, transforma individuos sanos en histéricos—la fatiga—la humanidad civilizada toda ella está sometida á su influjo desde hace medio siglo. Todas sus condiciones vitales han sufrido en este espacio de tiempo una revolución de la que no hay ejemplo en la historia universal; la humanidad no ofrece un solo siglo en que las invenciones que penetran tan profundamente, tan tiránicamente en la vida de todo individuo se amontonen como en el nuestro. El descubrimiento de América, la Reforma, han excitado sin duda poderosamente á los espíritus y destruído ciertamente también el equilibrio de millares de cerebros poco resistentes; pero esto no ha cambiado la existencia material de los hombres; las gentes se levantaban y acostaban, comían y bebían, se vestían, se divertían, pasaban los días y los años como siempre se había hecho. En nuestro tiempo, por lo contrario, el vapor y la electricidad han revuelto de arriba abajo las costumbres de existencia de todo miembro de los pueblos civilizados, hasta del pequeño burgués más obtuso y más limitado, que era completamente innaccesible á los pensamientos motores del tiempo presente.

En una conferencia excepcionalmente notable dada por el profesor A. W. de Hofmann en el Congreso de los naturalistas alemanes de Brema, en 1890, trazó el conferenciante al terminar, una breve descripción de la vida de un habitante de ciudad en 1822. Nos muestra un naturalista que llega por aquella época en coche correo desde Brema á Leipzig; el viaje ha durado cuatro días y cuatro noches, y el viajero está naturalmente molido; sus amigos le reciben y él quisiera tomar un refresco; pero no hay aún en Leipzig cerveza de Munich; después de permanecer un rato en compañía de sus colegas, se pone en busca de su posada; no es una cosa fácil, porque en las calles reina una obscuridad egipcia, interrumpida tan sólo á largos trechos por la llama humeante de una lám-

ra de aceite. Encuentra por fin, su alojamiento y quisiera encender luz; como todavía no existen las cerillas, se ve reducido á golpearse las uñas con el pedernal de chispa, hasta que logra por fin encender la vela de sebo; espera una carta, pero no ha llegado y no puede recibirla hasta dentro de algunos días, porque el correo no funciona más que dos veces por semana entre Francfort y Leipzig... <sup>1</sup>.

Pero es inútil remontarse hasta el año 1822 escogido por el profesor Hofmann; fijémonos para la comparación con lo presente, en el año de 1840; no tomamos arbitrariamente este año; es aproximadamente el momento en que nació la generación que ha asistido á la irrupción de los nuevos descubrimientos en todos los órdenes de ideas y de hechos, y ha sufrido por sí misma las transformaciones que aquéllos llevan consigo. Esta generación reina y gobierna hoy; en todas partes da el tono, y tiene por hijos é hijas á la juventud europea y americana, en la cual las nuevas tendencias estéticas encuentran sus partidarios fanáticos. Comparemos ahora cómo pasaban las cosas en 1840 y medio siglo después en el mundo civilizado <sup>2</sup>.

En 1840 había en Europa 3.000 kilómetros de caminos de hierro; en 1890 hay 218.000 kilómetros; la cifra de viajeros ascendía en 1840 en Alemania, Francia é Inglaterra, á 2 millones y medio; en 1891 asciende á 614 millones. En Alemania, cada habitante recibía en 1840, 85 cartas; en 1888, 200; en 1840, el correo distribuía en

<sup>1</sup> Véase, además de la conferencia de Hofmann, el excelente libro (en alemán) del Dr. Otto Bähr: *Una ciudad alemana hace sesenta años*, 2.<sup>a</sup> edición; Leipzig, 1891.

<sup>2</sup> Para no hacer demasiado pesadas las notas y llamadas al pie de las páginas, indico aquí que las cifras siguientes están tomadas en parte de comunicaciones de Mr. Joseph Körösi, en parte de un notable estudio de M. Charles Richet: *Dentro de cien años* (*Revue Scientifique*, años 1891 y 92), y en parte más pequeña, de publicaciones especiales, como el *Anuario de la Prensa*, *Press Directory*, etc. Para determinadas cifras nos hemos también aprovechado de las publicaciones de Mulhall y del discurso en el Reichstag de Mr. de Stephan, 4 Febrero 1892.

Francia, 94 millones de cartas; en Inglaterra, 277 millones; en 1881, 595 millones en la primera y 1.299 en la segunda. Los envíos de cartas de todos los países reunidos, excepción hecha del movimiento interior de cada país tomado aparte, se elevaban en 1840, á 92 millones; en 1889, á 2.759 millones. En Alemania se publicaban en 1840, 305 periódicos; en 1891, 6.800; en Francia, 776 y 5.182; en Inglaterra (1846) 551 y 2.255. La librería alemana producía en 1840, 1.100 libros nuevos; en 1891, 18.700. El comercio de exportación y de importación del universo tenía en 1840, un valor de 35.000 millones de francos; en 1889, un valor de 92.000 millones. Los barcos que en 1840 entraron en los puertos reunidos de la Gran Bretaña contenían 9 millones y medio de toneladas, y en 1890, 74 millones y medio; todos los navíos mercantes británicos medían en 1840, 3.200.000 toneladas; en 1890, 9.688.000.

Reflexionemos ahora acerca del modo cómo se originan estas cifras formidables: las 18.700 publicaciones nuevas de librería, los 6.800 periódicos de Alemania, piden ser leídos, aunque muchos de unas y otros lo piden en vano; los 2.759 millones de cartas han de ser escritas; el movimiento comercial más grande, los numerosos viajes, el tráfico marítimo más intenso, implican una actividad proporcionalmente más considerable en cada individuo. El último habitante de una aldea tiene hoy un horizonte geográfico más amplio, más numerosos intereses intelectuales y más complicados que el primer ministro de un pequeño Estado y aun de un Estado del término medio de hace un siglo; leyendo no más que un periódico, aunque se trate de la más anodina hoja de campanario local, participa, no como si interviniese ni decidiera, sin duda, pero con un interés de curiosidad y de receptividad, de mil sucesos que ocurren en todos los puntos del globo, y se preocupa simultáneamente con el resultado de una revolución en Chile, con una guerra de matorrales en el Dahomey, con una matanza en la China del Norte, con una

epidemia de hambre en Rusia, con un motín en España y con una Exposición universal en América del Norte. Una cocinera recibe y expide más cartas que antaño un profesor de facultad, y un modesto tendero viaja más, ve más países y pueblos que en otros tiempos un príncipe reinante.

Ahora bien: todas esas actividades, aun las más sencillas, están ligadas á un esfuerzo del sistema nervioso, á un gasto de materia. Cada línea que leemos ó escribimos, cada rostro humano que vemos, cada conversación á que nos entregamos, cada escenario que percibimos por la ventanilla del tren corriendo á todo vapor, pone en actividad nuestros nervios y nuestro cerebro. Aun las pequeñas sacudidas del tren no percibidas por la conciencia, los rumores perpetuos y los cuadros variados de las calles de una gran ciudad, nuestra impaciencia por conocer la continuación de tales ó cuales sucesos, la espera del periódico, del cartero, de las visitas, todo esto cuesta trabajo á nuestro cerebro. Desde hace cincuenta años, la población de Europa no ha duplicado; la suma de su trabajo ha llegado á ser diez veces mayor, y hasta en parte cincuenta veces más; cada uno de los hombres civilizados suministra pues hoy de cinco á veinticinco veces más trabajo del que necesitaba emplear hace medio siglo.

A este enorme aumento de gasto orgánico no corresponde ni puede corresponder un aumento igual de renta orgánica. Los europeos comen hoy un poco más y un poco mejor que hace cincuenta años, pero de ningún modo, ni con mucho, en proporción del exceso de fatiga que actualmente les es impuesto; y aun cuando tuvieran de sobra los alimentos más escogidos, de nada les serviría, puesto que serían incapaces de digerirlos; nuestro estómago no puede ir tan deprisa como nuestro cerebro y nuestro sistema nervioso; éste exige mucho más de lo que aquél puede dar; sucede pues, lo que sucede siem-